

**UNA ORDEN ANTIGUA EN UNA NUEVA EPOCA.
LA COMPAÑIA DE JESUS
Y SU DEVOCION AL CORAZON DE CRISTO
(K. Rahner, Innsbruck, 7-VI-56)**

Estamos en junio, el mes dedicado de modo especial al Sagrado Corazón. Celebramos este año el jubileo ignaciano. Mañana es la fiesta del Corazón de Cristo, celebrada de modo especial no sólo en toda la Compañía, sino particularmente en Innsbruck, centro irradiador en su tiempo de esa misma devoción por todos los países de lengua alemana. Hoy, además, se cumplen cuatrocientos años que el mismo San Ignacio establecía jurídicamente la provincia germánica. El colegio de Innsbruck habría de ser fundado años después, en 1562, por Canisio, el devoto del Sagrado Corazón, como parte de una misión y tarea, recibida en San Pedro de Roma por obra del mismo Cristo. Además, la Iglesia considera este año de 1956 como aniversario de aquel en que el culto al Sagrado Corazón de Cristo pasó a la liturgia universal y conmemora este jubileo con una Encíclica peculiar.

Si se ponderan todos estos datos, no hace falta meditar mucho para buscar un tema general a nuestra plática de comunidad. Este puede ser solamente la consideración de las relaciones que existen entre nuestra vocación como jesuitas y la devoción al Corazón de Cristo. Sin embargo, de no querer permanecer en generalidades ni repetir a la letra lo dicho en otra ocasión, tendremos que limitar necesariamente el tema. Por eso, me atrevo con todas las reservas convenientes, a exponer algunas reflexiones sobre la particular situación en que hoy día hemos de realizar nuestra peculiar vocación de jesuitas

y la devoción al Corazón divino. ¿Qué relación existe entre ambas? He aquí el problema que se plantea y que, si no es resuelto, queda al menos como objeto de la consideración particular de cada uno.

LA COMPAÑÍA DE JESÚS, UNA ORDEN ANTIGUA

¿Cuál es la situación del jesuita hoy día? Quizá pueda responderse a esta pregunta en una pequeña frase: El jesuita es el miembro de una orden antigua en una nueva época.

Estamos celebrando, agradecidos y llenos de orgullo, el cuarto centenario de la muerte de San Ignacio. Adornamos su tumba con laureles (papiroáceos la mayor parte de las veces, en forma de libros y artículos); laureles de agradecimiento y alabanza a ese gran genio de la historia universal. Ahora bien, cuando alabamos de este modo al Padre y Fundador, estamos también diciendo que el espíritu y la forma vital de nuestra vida tiene cuatrocientos años de edad. Esto es mucho tiempo y, además, una carga. Ninguna institución puede sustraerse a las leyes de la edad o la vejez. Sería soberbia luciferina si nosotros jesuitas pensásemos que nuestra orden puede escaparse a las leyes del tiempo, de la historia y de los años. En realidad, ser viejo en la Iglesia de Dios no significa necesariamente estar aviejado. También son siempre viejos, especialmente en la Iglesia, la gracia y la felicidad, la experiencia y la madurez, la sabiduría y la paciencia, la paz y la riqueza. Todas esas realidades sólo pueden reunirse tras larga vida y no se poseen al comienzo, por vital que éste sea. Por eso, hay que añadir: edad también significa inexorablemente peligro de hipertrofia de lo institucional; peligro de rutina carente de originalidad; peligro de atiesamiento e inercia; de tener por razonable algo, porque siempre fue así; de considerar otras cosas irrazonables por el mero hecho de ser nuevas. Edad significa la tentación de olvidar que sólo se puede ser auténtica y prácticamente fiel al futuro de la tradición (que es tarea y obligación de los viejos, sólo capaces de traicionar al pasado bajo amenaza de muerte), cuando se defiende lo antiguo con imparcial ánimo ante lo nuevo; con la fe —también vale esto aquí— de que el alma, el alma de la tradición, sólo se salva cuando se está dispuesto a perderla. Edad significa inexorablemente la necesidad de que el pulso vital se haga más lento y reposado; de que hay que economizar fuerzas; de que no se puede uno lanzar, como los jóvenes, a nuevas experiencias, sólo afrontables con la «pose» juvenil de quien echa por la borda, como lastre, todo el pasado.

Tal vejez se da también en las instituciones de la Iglesia y tal edad no se supera por el mero hecho de que una congregación se nutra constantemente de personas que comienzan individualmente siendo jóvenes y nuevos. Tal envejecer existe en un mundo que aún no ha realizado la plena victoria de Dios. Pero, además de eso, se trata de un envejecer transido de pecado, que necesita la gracia del Señor. Porque también una orden religiosa consta de hombres que son pecadores, es decir: orgullosos, mezquinos, cobardes, estrechos, pedantes y llenos de sí. Creer que los pecados de los religiosos no se van a manifestar en la dirección fáctica y en el fracaso de la orden misma, en otras palabras: que no son pecados de la orden, sería un pensamiento vano y errado.

Una orden que envejece inexorablemente, lo cual no quiere decir que se «avieje», no podrá evitar ni la culpa ni los culpables vicios de la edad, al menos en su totalidad. Por lo mismo, tendrá siempre que luchar contra ellos. Lucha contra el orgullo de los «experimentados»; contra la resistencia de los viejos a ser enseñados; contra la terquedad, los «derechos» y otros vicios seniles, que se atacan en los demás constantemente hasta que, al volverse uno viejo, se hacen insensiblemente propio patrimonio.

Esta orden, pues, que inexorablemente ha de cargar con la suerte y las desventajas de la edad, con la necesidad, la tragedia, la «gracia» y los defectos de los años, tiene que operar con esa edad en una nueva época, porque la realidad de tener cuatrocientos años es algo perfectamente presente y no pretérito. Es cierto que semejante tarea la comparte la Compañía de Jesús con la Iglesia y con muchas de sus órdenes e institutos más antiguas que ella. Sin embargo, como no a cada orden particular le han sido anticipadas las promesas que bendicen y llenan de gracia la también inevitable vejez de la Iglesia, garantizándole la vida hasta la nueva venida de Cristo, el destino de tener que hacerse viejo en una época nueva es algo sencillamente enorme y espantoso.

EN UNA NUEVA ÉPOCA

Porque nuestro tiempo es nuevo. Y lo es mucho más de cuanto nosotros podemos abarcar en un par de años que dura nuestro ser miope y efímero. Es la era de la técnica, de una técnica potenciada por el automatismo; era de la historia universal y de la cultura y economía planetarias; era atómica; era del ateísmo universal organizado; era

de la catolicidad actual y no sólo potencial de la Iglesia. En realidad se trata de una nueva «época», frente a la cual todos los periodos anteriores de la historia de la Iglesia y aun del mundo se agrupan en uno solo, que da las últimas boqueadas. En ese tiempo penetramos nosotros, los inexorablemente viejos. Es cierto. Aun pensando con modestia y serenidad de nosotros mismos, no podemos decir —desgraciadamente habría que añadir— que veamos claramente en las instituciones, formas de vida y actitudes espirituales en la Iglesia aquella actualidad y efectividad, al menos en el grado que tuvimos, comparativamente a otras órdenes, en tiempos de San Ignacio. De modo imparcial podríamos y deberíamos, como viejos, contar con que nos sale al paso lo mismo que les salió al paso a los benedictinos en el siglo XIII y a los mendicantes en el siglo XVI, a saber: que ya no eran, así como así, la concreción de la última palabra de la vieja Iglesia en la nueva época.

Sin embargo, nosotros también deberíamos reconocer que esa palabra nueva y testimonial de la Iglesia antigua y vital en la nueva época que debería expresarse en un nuevo estilo de vida de auténtica operosidad, de fuerza concreta y de tranquila sencillez, aún no nos ha desbordado en la Iglesia de Dios. Esto, sin embargo, no modifica lo dicho: que somos viejos en un tiempo terriblemente nuevo, desacostumbrado, infiscalizado y por ensayar.

Quien no se dé cuenta de todo esto es que está dormido. Quien crea que nosotros, el cristiano y la Iglesia, tenemos en el bolsillo las «recetas» para la nueva época y que basta mantenerse en las verdades eternas del cristianismo, las normas de la moral y las constituciones de nuestra orden para librarse de toda preocupación sobre nuestra hora, éste tal es un infeliz. El asustarse ante nuestra situación no es ningún mal. Gran parte del destino del Reino de Dios nos ha sido confiado. Esto es muy duro. ¡Cómo nos pesa la responsabilidad! ¡Qué angustiados y amilanados estamos, aunque no lo confesemos! ¡Cuántas veces se tiene la impresión, al menos en nuestros países de Centroeuropa, tan amenazados, de que seguimos viviendo porque no podemos morir ya de una vez. Esta es otra necesidad de la edad... ¡Cuántas veces sufrimos bajo la sensación de conservar angustiados y sin seguridad interior la letra por no estar seguros del espíritu, de la fuerza espontánea y del rápido instinto de una reacción espiritual! ¡Cómo nos pesa la experiencia de estar, claro es, con los principios abstractos y eternas definiciones de la fe y de la razón, pero sin encontrar desde ahí el camino de la expresión concreta y de la dirección práctica que tales principios exigen, si se han de encarnar precisamente en la carne

de nuestra época! En una palabra: estamos viviendo en un tiempo que es o el principio del fin de todos los tiempos o un período histórico radicalmente nuevo.

Vivimos en una época de indecible riesgo para el cristianismo y la cultura; esta cultura nuestra, de Alemania y de Occidente. Y vivimos en esta nueva era como una orden religiosa antigua. A ello se añade que, como jesuitas, nosotros no tenemos solamente la tarea y obligación de «opportune et importune» levantar bandera por viejos ideales y llevarlos al futuro. Un carmelita o un cartujo pueden considerar ese su cometido de orden antigua en una nueva época: «Sint ut sunt.» Nosotros, por el contrario, tenemos la misión de ser no solamente lo que somos, sino de llegar a ser el día de mañana lo que debemos ser. Porque, como hombres apostólicos, tenemos la misión de evolucionar, de renovarnos, de conservar lo antiguo mientras que evolucionamos y nos renovamos. Así, pues, bajo la inexorable ley de «ser viejo» y «hacerse antiguo» tenemos la tarea de permanecer jóvenes en esta inaudita nueva hora. Una orden apostólica, como Ignacio concibió a la Compañía, ni de verdad puede ni necesita esquivar las leyes de la edad. Tal ley es no sólo inevitable, sino que además es hasta una gracia de la contingencia espiritual de la creatura, incluso dentro de la Iglesia. Con todo, esa orden tiene la obligación de buscar su inmutabilidad más profunda en una constante agilidad. Esto en una era tan nueva, tan pagana y tan por bautizar, es para una orden antigua indeciblemente difícil.

Semejante dificultad es nuestra tarea y nuestro destino. Con todo, nos aterrorizamos por ambas cosas no sólo por nuestro envejecer pecaminoso, sino además porque atribuimos muchos de nuestros hechos a esa Compañía que amamos y cuya vida la hemos hecho también vida propia.

EL CORAZÓN DE CRISTO Y LA NUEVA ÉPOCA

Si ahora yo afirmo que en tal situación histórica la devoción al Sagrado Corazón es una necesidad y una promesa, pensará tal vez alguno de los que me escuchan: «Ahora nos vienen con un consuelo y un remedio aparente, que en realidad no lo es. Ya estamos volviendo al esquema del maestro de novicios que, como medio contra la impaciencia, recomienda la paciencia; contra la soberbia, la humildad, etc., con lo cual, medio y fin no son, en resumidas cuentas, sino sólo dos as-

pectos de una misma realidad y nunca se sabe cuál de los dos es más fácil de conseguir.»

De hecho hay que dar la razón a tales objeciones y ello en un doble sentido. En primer lugar; una auténtica devoción al Sagrado Corazón de Jesús es un milagro de la gracia de Dios y de la libertad del hombre. La última decisión de aceptarla no se puede forzar, ni por una demostración de su conveniencia o de su fruto, ni por un conjuro apocalíptico de la situación de nuestra época histórica. Quien no quiera libremente abrirse a tal realidad, aquel a quien Dios no pone en su corazón un poco de nostalgia por tal Amor, no se moverá por la afirmación de que tal devoción puede constituir gracia y salvación para una orden antigua en una nueva era. En segundo lugar, no se puede negar que esa devoción en Centroeuropa ha caído, dentro y fuera de la Compañía, en cierta manera bajo la ley del envejecer y del desuso. Nosotros no podemos afirmar que tal devoción nos sea, teórica y prácticamente, cosa del corazón y del espíritu, como lo era todavía para nuestros padres de hace treinta o cuarenta años.

Sea lo que fuere, el hecho es que tal devoción se ha transformado de cosa espontánea y cordial, en un fragmento de liturgia tiesa o de teoría, cuyo significado existencial sólo se advierte en el cuidado de evitar su práctica o de atacar o criticar su estructura.

Y, sin embargo, me atrevo a afirmar contra el callado escepticismo de muchos de mis oyentes (tal vez en muda rebelión no aceptada), que la devoción al Sagrado Corazón tendría un profundo significado para la situación histórica, que he intentado describir más arriba.

En primer lugar, la devoción al Corazón de Cristo —y esto no necesita larga prueba— es una actitud religiosa y una entrega que, de entre todas las diversas y variadas actitudes religiosas, está en la más radical de las oposiciones contra lo puramente institucional; contra lo forzado y sometido a fiscalización. Esta devoción honra a un Corazón: es amor y cordialidad; es inmersión en el misterio indecible del hondón original de la persona; es asombro, temor y sentimiento. Todo esto no puede forzarse ni reducirse a leyes. A la persona fría y falta de amor podrá parecerle todo de mal gusto, sentimental y subjetivo. Pues bien, tal subjetividad «no institucional» es precisamente lo que necesita una orden antigua. No en vano la edad arrastra consigo la frialdad en un tiempo de pura rutina, de pasividad y de inercia que niega las más puras fuentes del corazón.

En realidad, la devoción al Corazón de Cristo es cosa de madurez y de aquel que sabe de los abismos de la vida. Pero también es cosa de una persona amante y de su amor y prontitud hacia la siempre nue-

va aventura de la santidad que el corazón vive. Naturalmente se ha intentado siempre —¿cómo podría haberse evitado?— organizar esta devoción, clasificarla en ejercicios y orientarla a la masa. Esto último era uno de sus mayores riesgos. Pronto se evidenció que aquello no marchaba bien, por ser propio de un corazón que se sabe a sí mismo llamado personalmente por Dios en Cristo. Se constató, además, que donde se intentó organizar institucionalmente lo casi totalmente «carismático» de tal devoción, su sentido original no sólo se falseaba o deformaba, sino que la misma devoción hasta desaparecía totalmente. Este es precisamente el signo más sublime de que ella, donde es auténtica, viva y original, es una gracia y una antitoxina contra la frialdad del amor; el burocrático estancamiento de la vida y su calcificación, es decir; el remedio contra todos los peligros que amenazan a una orden antigua.

Pero es que además tal devoción es un antídoto contra los escollos específicos que amenazan a la Compañía de Jesús. Porque más fácilmente se muere uno de mayor, por enfermedades a las que se fue hipersensible durante la juventud. Si entre nosotros lo planificado y prosaico; lo racionalístico y lo impersonal; lo calculado y frío; las reservas; el fácil escepticismo y la desilusión; el siempre «poder ser de otra manera»; lo reflejo y el «servicio objetivo» son peculiaridades de nuestro modo de ser, es evidente que la devoción amorosa al Corazón de Cristo es el antídoto contra tales peligros, que naturalmente suelen acrecentarse con la edad.

Porque tal devoción es la actitud de un amor incondicionado y sin reservas, impetuoso y sin planificar. Es la entrega que se olvida totalmente de sí mismo, abandonándose al amor del Corazón que es la primera y la última de todas las realidades y que, por lo mismo, no se puede planificar ni minimalizar. Es la maravilla de la libertad y de la gracia, fuente original para todo plan del espíritu y para toda elección y fuerza de la voluntad.

A todo esto se añade que esta devoción tiene para nosotros una promesa particular. En general, conviene situarse un poco fríamente frente a tales promesas, provenientes de apariciones místicas. Hay que pensar que lo que hay seguro en ellas puede también saberse sin necesidad de revelación privada y que lo que solamente por ellas se sabe, puede no ser tan seguro. Con todo, si tal devoción se considera, no como peculiaridad de una época antijansenista, sino como la revelación del único amor del Corazón divino al comienzo de una etapa incapaz de verificar la fe en un Dios amoroso y personal que trasciende la experiencia por ser una era técnica, descorazonadora, masiva,

materialista e impersonal, se ve que esta etapa necesita mucho más que ninguna otra de la revelación de ese Amor, que ha triunfado a través de la muerte.

Siempre habrá medianías que no necesitan de una especial devoción al Corazón de Cristo, porque consideran ya al mismo cristianismo como la revelación y el apocalipsis de los misterios del Corazón de Dios. Sin embargo, cuando los que saben y sufren, los solitarios y escasos, quieren expresar lo que creen en la última decisión de su corazón junto con todo aquello por lo que viven y mueren; cuando de alguna manera quieren decir y expresar en una palabra original y en una imagen primigenia lo que anhelan en el centro de sus vidas, ¿pueden aludir a otra cosa que a un Corazón transpasado y destrozado, pero vencedor por eso mismo, diciendo así en uno sólo los dos misterios: el de Dios y el del mundo?

Si esta orden antigua, la Compañía de Jesús, no quiere resignarse a una muerte segura, provocada por las «ventajas» y el «destino» de la edad madura; si esta orden quiere ser Compañía de hombres interiores, sufridores, sabios según Dios y llenos de fe, salvadores y defensores de todo lo santo en una nueva época, ¿puede dejar de ocurrir que estos mismos hombres «miren al que atravesaron» (Jn 19,37) y bendigan al Corazón roto de amor por ellos, considerándolo refugio de pecadores, su propio refugio, y como la Palabra original, que da sentido a su fe y a sus vidas? Si llegan a realizarlo, ¿no es ello una promesa? Promesa de que no olvidarán cuál es el último sentido de sus existencias. No una promesa de brillo e influjo en la Iglesia, ni de ciencia u organización; no una promesa de vida cómoda o de una cosmivisión privilegiada; no de un sistema, sino, en resumidas cuentas, de la promesa de que dejaremos que Dios nos ame con la infinita fuerza y el poderío de su divinidad. Ese Dios que se ha atrevido a traducir su propio Misterio en el misterio de su Corazón humano, al «hacerse carne y plantar su tienda entre nosotros» (Jn 1,14).

Adoremos a este Corazón, para no olvidar todo eso entre tantas otras cosas. En la medida que lo hagamos y mientras lo hagamos, tendremos la promesa, no de ser los primeros y los más modernos, sino la de cumplir la voluntad de Dios en el misterio de crecimiento de una orden antigua en un mundo nuevo y de así llegar a poseer la vida eterna. Y esto ya es bastante.